

EMPERADORES | VESPASIANO

Tito Flavio Sabino Vespasiano - 17 de noviembre de 9 d.C. - 23 de junio de 79 d.C.), fue el emperador romano que inauguró la llamada dinastía Flavia entre los años 70 y 96 d.C. Natural de Falacrinum, una villa sabina de la vía Salaria en el corazón de los Apeninos - actual Cittareale en la provincia de Rieti, región del Lacio - desarrolló una intensa carrera militar que lo catapultó a princeps del imperio bajo el *praenomen* de Imperator, es decir, Augusto. Su reinado, del 1 de julio de 69 hasta el 23 de junio de 79, estuvo marcado por un intento de separarse de los principios neronianos que rigieron el Imperio durante los años precedentes, acometiendo una batería de reformas que marcarían el devenir de su dinastía. ¿Quieres conocerlo? ¡Seguimos!

La deposición por parte del Senado y el posterior suicidio de Nerón en junio del 68 cerró el régimen de delaciones y represalias neroniano sin resolver una cuestión, el de la sucesión dinástica, abriendo así un año de enfrentamientos civiles denominado como el Año de los Cuatro Emperadores. Pronto, la vía política y diplomática dejó paso a la vía militar descubriéndose así en el Imperio lo que Tácito afirmó como *arcana imperii* o “secreto de poder”. Éste no fue otro que el del control de las provincias a través de sus legiones, adquiriendo estas últimas un papel esencial durante las siguientes cuatro centurias romanas hasta la caída imperial final. Por un lado, Galba desde Hispania, apoyado por Verginio Rufo desde Germania, quien había sofocado las rebeliones galas, reclamó el trono para sí. Pronto, los pretorianos eliminaron a éste y los senadores propusieron a Otón, gobernador de Lusitania como nuevo emperador frente a Aulo Vitelio, al mando de los ejércitos del Rin, gobernador de la Germania Inferior y recién proclamado por sus tropas como emperador. Las fuerzas de ambos se midieron en Bedriacum, saliendo vencedor el segundo de ellos y siendo reconocido como emperador por parte del Senado. Por su parte, la alternativa provino de las legiones de las provincias orientales, las cuales proclamaron también a su general como emperador, a saber Vespasiano. Éste contaba con el apoyo de siete legiones y algunos de los gobernadores provinciales más destacados, como por ejemplo el de Tiberio Julio Alejandro, aspirante al trono durante los primeros compases después de la muerte de Nerón y gobernador de Egipto, el archiconocido “granero de Roma”. Pues bien, la rivalidad entre ambos pretendientes finalizó con un enfrentamiento bélico en Cremona a finales del 69, en cuyo desenlace final tuvieron un destacado papel las legiones danubianas a favor de Vespasiano, otorgando la victoria a éste. Con el trono en el bolsillo, inició su marcha triunfal a Roma, la cual no se produjo hasta finales del año siguiente, es decir, del 70.

Como ya avanzábamos anteriormente, Vespasiano no regresó a Roma hasta octubre del 70, momento en el cual pacificó de manera definitiva la situación en Oriente. Mientras tanto, en la misma Roma, su lugarteniente Licinio Muciano, estrecho colaborador de éste en las campañas de Siria, mantuvo en orden los asuntos políticos de la capital lacial.

No obstante, y volviendo al asunto oriental, la guerra en Judea fue uno de los acontecimientos más célebres y funestos del reinado de Vespasiano. De hecho, algunos historiadores incluso han tildado la intervención romana de primer genocidio judío u holocausto olvidado. Y es que fue a su hijo, y sucesor en el trono, Tito, a quien se le encomendó la tarea de sofocar la rebelión judía (latente desde el 63 a.C. cuando se le obligó a la provincia a tributar como uno de sus Estados vasallos y reactivada bajo el mando del tiránico procurador Gesio Floro), no teniendo ningún tipo de piedad a la hora de ejecutar las órdenes recibidas. A tal efecto, la masacre contó con el asedio durante tres largos meses de Jerusalén a base de piedras y dardos de más de 45 kg hasta que las legiones alcanzaron el corazón de la ciudad, destruyendo, incluso, su templo (según apuntan las fuentes ordenado por el propio Tito). En una urbe que contaba con una población de prácticamente un millón de habitantes, cifra extraordinaria para la época, los combates se saldaron con más de 2000 muertes y un total de 97 000 judíos reclutados como esclavos para diferentes menesteres, de los cuales a alguno de ellos nos referiremos más tarde. Políticamente, Tito impuso un tributo especial a la región, el *fiscus iudaicus*, suprimió sus cultos y prohibió sus tradiciones, lo que se tradujo en más tensiones, como la resistencia de la fortaleza de Masada hasta el 73, la cual acabó con un suicidio masivo judío antes que la rendición a los romanos. En definitiva, la cuenta se saldó con miles de muertos, ventas de esclavos, víctimas para el anfiteatro: un “cuadro tétrico”, como apunta el historiador Gonzalo Bravo, que todavía se conmemora.

Tal y como ya comentábamos, Vespasiano acometió una profunda política reformista cuando asumió durante todo su reinado el *praenomen* de Imperator. Simultáneamente, ejerció el consulado, acompañado siempre de su vástago Tito, de manera ininterrumpida. Así pues, sus reformas político-sociales se encaminaron a la apertura a la sociedad de las provincias, motivo por el cual inició una intensa remodelación del Senado que se tradujo en la introducción de jefes militares de origen itálico en éste. Además, otorgó la condición de “patricias” a muchas familias de las élites provinciales; del mismo modo, concedió la ciudadanía romana a un nutrido grupo de individuos de origen oriental, a nivel general, y a todos los hispanos *-ius latii-* en particular. Algunas de éstas reformas provocaron el descontento de la *nobilitas* romana, cerciorada a compartir sus privilegios con la nueva aristocracia itálica y provincial.

A propósito de la política económica, la precaria situación de las arcas del Estado tras los años de desmanes neronianos y las cruentas guerras civiles provocaron la adopción de una serie de medidas con el objetivo de paliar el desangre financiero. Por un lado, se acometió un programa de reconstrucción de ciudades, vías y equipamientos, dañados a causa de los ya señalados enfrentamientos civiles, cifrado por algunos historiadores en 400 millones de sestercios, sufragado en buena medida por la restitución de la fiscalidad indirecta encarnada en uno de los impuestos más antiguos de la civilización, a saber los *vectigalia*: tributos indirectos que grababan las mercancías, los minerales o las herencias a todas las provincias imperiales. También, hacernos eco de la *Lex Manciana*, de la cual beberán posteriormente Trajano y Adriano, a través de la cual se aplicaba al

colonato privado en África una tributación especial sobre la tierra. Por otro lado, jurídicamente hablando, Vespasiano puso en marcha la reintegración en la propiedad pública imperial los bienes familiares privados de los julio-claudios con el claro objetivo de recuperar el *patrimonium*. Sin lugar a dudas, y siguiendo a Suetonio, “Vespasiano demostró ser un excelente administrador; sin embargo, su avidez por el dinero fue su mayor defecto”. Finalmente, a nivel cultural, el laical tendió a eliminar cualquier vestigio del neronianismo y, a tal efecto, expulsó a muchos intelectuales y hombres de ciencias y letras de orígenes helénicos, asiáticos u orientales. Al contrario, debemos atribuirle la proyección y construcción, finalizada por Tito en el 80, del Coliseo o Teatro Flavio, uno de los monumentos más simbólicos del mundo antiguo y que, en un principio albergó numerosos juegos y espectáculos para alimentar la sed de ocio de la plebe. Como contrapunto, en la edificación de éste participaron unos 12.000 esclavos judíos presos después del sitio de Jerusalén.

Como epílogo, la repentina muerte a causa de una infección de Vespasiano en junio del 79, justo dos meses antes de la catástrofe del Vesubio que arrasó Herculano y Pompeya, dejó como sucesor a su hijo y hasta la fecha corregente Tito. Nos encontramos, pues, ante el inicio de una corta pero muy prolífica dinastía que modificó las bases y estructuras del Imperio en un efímero lapso de tiempo.